Afrocubanas

LA REVISTA

NO.3 ENERO 2021

culpa blanca no es antirracismo

No sabía que era negra: darle vueltas a las colonialidades

Historia de un escaparate y el servicio militar

tatiana nascimento/ Ulises Padrón Suárez/Juno Nedel / Xiomara Calderón Arteaga / Mérida Doussou/Nayara Monteiro / Sandra Abd´Allah-Álvarez Ramírez

INDICE

Afrocubanas | Enero 2021 | No. 3

05

CULPA BLANCA NO ES ANTIRRACISMO

tatiana nascimento

06

HISTORIA DE UN ESCAPARATE Y EL SERVICIO MILITAR

Ulises Padrón Suárez

07

EL DÍA QUE YO, UN TRANS, ME ENLISTÉ EN EL EJÉRCITO BRASILEÑO

Juno Nedel

11

DOMINGA

Xiomara Calderón Arteaga

12

LOS MUERTOS

13

NO SABÍA QUE ERA NEGRA: DÁNDOLE VUELTAS A LAS COLONIALIDADES

Nayara Monteiro

16

ALANTE IFÁ, QUE LA NIÑA NO TIENE MIEDO: APUNTES SOBRE LA VIOLENCIA CONTRA LAS IYÁ ONÍ IFÁ EN CUBA

Sandra Abd´Allah-Álvarez Ramírez

REDACCIÓN

Yarlenis Mestre Malfrán
Sandra Abd´Allah-Álvarez Ramírez
Milagro Álvarez Leliebre

EDICIÓN

Xenia Reloba de la Cruz

SOPORTE TÉCNICO

Alejandra Aravena

FOTO DE PORTADA

Fillipe Gomes

Email: afrocubanas.larevista@gmail.com
Website: afrocubanas.com
Facebook: @afrocubanas.larevista
Instagram: @afrocubanas

Cuerpos, (des)orden y espacios públicos

La escena de una multitud de cuerpos ocupando el espacio público de forma inesperada puede llegar a ser muy inquietante para un sistema que se reinventa de mil formas para preservar su hegemonía. La retórica del "orden público" es permanentemente invocada para atemorizar a los cuerpos que se resisten a la reproducción en serie del mismo guion de vida hetero-cis-normativo, misógino, racista y nacionalista. Estos otros cuerpos que piensan, sienten, desean sin curvarse al orden establecido, son empujados hacia los márgenes.

Hace bastante tiempo dejamos de creer en esta retórica del "orden público" a cualquier costo. Al final, esa obsesión por el orden es un dispositivo más de vigilancia, control y preservación de las trincheras cis-hetero-normativas de la nación. Dejamos de creer en la ficción nacional de que un país es un bloque monolítico, pues "cada país es un universo dentro del universo"; "cada país por lo que entristece nos cuenta a quién obedece", como dice Buena Fe.

No es casualidad que haya sido apenas en 1997 cuando se eliminó en Cuba el delito de "escándalo público", que tomaba apenas a personas homosexuales como sujetos de este crimen, en virtud del cual, podían ser acusados de "importunaciones homosexuales". Sería hilarante si no fuese trágico, especialmente cuando constatamos que las "importunaciones sexuales" (acoso sexual en nuestro diccionario feminista) tienen como protagonistas a los heterosexuales. ¿Cuál es el "orden público" que se quiere reivindicar?

Al mismo tiempo, ocupar espacios e instituciones públicas es una forma de disputar hegemonías. En tanto cuerpos marcados como "marginales" no aspiramos a ser asimiladxs por el centro; no disputamos ese lugar, ocupamos el espacio público, entre otras cosas para mostrar la fragilidad de esas fronteras privado/público, y el modo en que ellas sirven a intereses de poder. ¿O acaso el Estado –esa instancia de lo público– no continúa regulando algo tan íntimo como con quién podemos tener sexo, dónde podemos besarnos, a quién podemos dejarles nuestros bienes? Ocupamos el espacio público para reafirmar que allí donde hay poder, hay también resistencia, una resistencia que es también poesía, alianzas, creatividad, esperanzas, procesos de descolonización.

Este número de *Afrocubanas* está pensado como un ejercicio de ocupar espacios para disputar narrativas. Esas mismas que se han autorizado a hablar en nombre de determinados cuerpos, a obligarlos a caber en armarios y taxonomías, a disciplinarlos bajo los designios de una blanquitud que se cree universal. Estos cuerpos disidentes toman la escena en este número para problematizar y desordenar algunas instancias que recrean las fronteras público/privado: el servicio militar y sus imperativos cisnormativos, el ideal regulatorio del armario, el dispositivo colonial de la blanquitud y su reproducción en la academia occidentalizada y en los códigos estéticos, las pugnas de poder dentro de la religión, entre otras provocaciones.

Equipo de Redacción.

Planeta Tierra, enero de 2021.

CULPA BLANCA NO ES ANTIRRACISMO
TATIANA NASCIMENTO

el racismo no es "culpa" de una sola persona blanca: es responsabilidad de todas, colectiva e individualmente. muchas personas blancas piensan que el antirracismo consiste en pedirles perdón a las personas negras por el hecho de ser blancos.

esto coloca al racismo en un esquema moral que a menudo solo fomenta la autopromoción blanca. ninguna persona negra tiene el poder (muchas de nosotras siquiera tenemos el deseo) de perdonar /"expurgar la culpa" de una persona blanca, porque el racismo no es una falla moral (como nos adoctrina la ideología dominante del catolicismo colonial, culpa/pecado/expiación/redención); sino esencialmente la columna vertebral de nuestra civilización. no existe pedido de disculpas que elimine ese hecho.

la expectativa de "ser perdonade por una persona negra" en realidad sirve mucho más como una válvula liberadora blanca, una especie de mecanismo perverso de inversión de la responsabilidad: es decir, se nos transfiere a nosotras, personas negras, la responsabilidad de liberar al blanco del "fardo" de su propia existencia, dejando implícito, al mismo tiempo, que el problema (incluido el moral) será nuestro si no sabemos (o no queremos) perdonar.

tampoco ninguna persona blanca tiene el poder de ser individualmente no-racista, ni siquiera por decreto o aval de una persona negra. la responsabilización racial supone comprender individual y colectivamente la propia blanquitud, y demanda también el reconocimiento del racismo estructurante de las relaciones y prácticas históricas, sociales, culturales, económicas, sexuales, de género, epistémicas, psicológicas, emocionales, espirituales que sustentan a la sociedad brasileña como una sociedad fundada en la supremacía blanca.

esta construcción tiene bases morales que se sirven de la retórica del sacrificio como dogma para mantener el poder y la dominación. la crítica aquí es menos encaminada a las iglesias en las que buscamos consuelo, comunidad, sanación, renovar nuestra fe, y más dirigida a la imposición ideológica de una moral impuesta por las religiones hegemónicas, no solo el catolicismo, dicho sea de paso.

nuevamente indico el libro *llévate tu culpa blanca a la terapia*, donde abordo la culpa como un fenómeno de irresponsabilidad paralizante (de las personas blancas) que rompe el puente de la percepción de sí mismas dentro del panorama del racismo estructural y la construcción de propuestas transformadoras de responsabilización racial, ese "sueño" de la "blanquitud crítica" que tanta gente alimenta.

Traducción: Yarlenis Mestre Malfrán

Nota de la editora: el uso de minúsculas a lo largo del texto es una decisión de la autora del artículo.

Historia de un escaparate y el servicio militar
Ulises Padrón Suárez

Mi gran salida de ese escaparate, como le llama Lemebel, fue en el servicio militar. El último día de la previa, 45 días de entrenamiento antes del periodo de un año como soldado, le dije al coronel que era "gay" y, por tanto, no podía convivir con el resto de los varones. Me hizo recoger mis pertenencias y estuve durmiendo alrededor de una semana en la enfermería, hasta tanto se decidiera qué hacer conmigo.

Vista la homofobia en la distancia, me parece interesante el proceso que sufrí de "aislamiento y reclusión en una institución hospitalaria", cuyo efecto era controlar la sexualidad disidente. Sabía perfectamente que no me suspenderían. Fue la época en que algún joven lumbrera propuso en el congreso de la UJC que todos los jóvenes deberían pasar el servicio militar sin distinción.

Fue el momento en que comprendí que la heteronormatividad nunca iba a hacer concesiones con el diferente porque a lo único que se debe es a sí misma. Ahí estuve como el raro que todos los miércoles se inventaba una enfermedad para ir al hospital militar y fugarme a mi casa porque el jefe de la unidad decidió por el ritmo de sus timbales que no merecía el día de pase.

Comprendí además que aunque te dijeran que debías ser "discreto", que a "nadie le importa lo que haces en la cama", la realidad es que te pasas todo el tiempo explicando lo que haces en el sexo, porque para las personas heterosexuales buena parte de la sexualidad se reduce a los genitales y el coito y si es con penetración peneana, mejor. De ahí que las experiencias homoeróticas despierten curiosidad.

Lo cierto es que me salvó la lectura y la participación en un concurso de historia, en el que gané algún lugar y nos dieron un recorrido por otras unidades. Cuando regresé, el mayor me estimaba diferente pero con igual homofobia. Solo que ahora no era un desconocido con quien podía seguir abusando de su autoridad. Él, que antes hizo un mitin de repudio delante de los padres de mis compañeros; padres que conocía de toda la vida y no daban crédito a lo que decía.

Un año duró aquello. Entró un Ulises timorato y salió un maricón.

El día que yo, un trans, me enlisté en el ejército brasileño
Juno Nedel

Hoy, yo, Juno Nedel, pasé de mala gana por la selección de reclutamiento militar en el Batallón 63º de Infantería en Florianópolis (Santa Catarina), Brasil.

Resulta que, como rectifiqué mi nombre y sexo jurídico a los 25 años, en noviembre de 2018, estaba obligado por ley a actuar como cualquier otro ciudadano brasileño mayor de 18 años: es decir, necesitaba enlistarme y obtener el certificado de baja militar. Así comienza esta historia.

Llegué al 63º Batallón de Infantería antes de las siete de la mañana. El sol no había salido del todo y la sensación térmica estaba por debajo de los 8º Celsius. De ahí se deduce que hasta ahora no sé si en aquel momento estaba temblando de frío, de miedo, o debido a una combinación particularmente intensa de ambos.

Los soldados que nos recibieron en el patio del batallón (ninguno de ellos tendrá nombre en esta historia) enseguida empezaron a gritar orientaciones para que entráramos inmediatamente en la lógica marcial:

"Esto es una orden, formen fila en dos bloques aquí al frente". "Rompan esa línea, quiero a todo el mundo detrás de ese muchacho". "¿NO ESTÁS ESCUCHANDO BIEN, hijo de puta? Intenta pisar la bola una vez más y vas a ver lo que te pasa".

Y de pronto me vi en la formación en medio de casi ochenta hombres cisgénero de dieciocho años, muchos de ellos mucho más nerviosos que yo, mudos y encogidos de frío. En ese momento y lugar, nadie tenía idea de que yo era trans; de hecho, la gran ironía de todo eso era que mi género nunca había sido tan respetado, ni siquiera en espacios feministas supuestamente trans-inclusivos. Confieso que incluso me maldije ligeramente por haber ganado un poco de bigote y barba tan próximo al momento de alistarme. En mi mente pensaba que, si yo hubiese llegado allí con una apariencia indiscutiblemente femenina, tal vez todos supieran desde el principio que ese no era y nunca sería mi lugar.

Mientras esperaba en la fila, tratando de mantener mis manos calientes, pensé en esos argumentos tan caquécticos de que la transgeneridad es una condición que no tiene materialidad; que, en nuestra sociedad, las personas serán educadas y ocuparán ciertos lugares sociales únicamente sobre la base de sus genitales. Y sentí deseos de reírme conmigo mismo al percibirme desde fuera: un cuerpo andrógino, un muchacho con vagina en medio de 80 muchachos con pene, un cuerpecito con una combinación tan peculiar de características sexuales secundarias que eso hace que otros se imaginen que no existo.

El caso es que el binarismo cisnormativo tiene muchas grietas y yo suelo tropezar con ellas, ya sea por cuestión de supervivencia, por una postura ético-política personal o por pura aleatoriedad de la vida. Y este es un aspecto que algunas feministas ciscentradas encuentran difícil de entender.

Incluso los feminismos que incluyen transidentidades (existen) tienden a enfocarse en las vivencias de las mujeres, olvidándose de todas las personas que fueron designadas mujeres al nacer, que crecieron en una sociedad machista y que, sin embargo, no son mujeres. Este es el caso de las personas transmasculinas y algunas personas no binarias. Nuestras experiencias, por regla general, se pasan por alto o se consideran menos legítimas porque se desvían del sujeto universal del feminismo. Es casi como si nosotros no existiéramos para los movimientos sociales que hipotéticamente nos representan.

Salí de mi trance cuando un militar decidió reprender al chico que estaba al frente de la fila. El motivo de la explosión fue una banalidad, algo así como que tardó demasiado en presentar su documento de identidad. Sentí un golpecito en mi hombro: "Oye amigo, quítate esa gorra. A los militares no les gusta eso".

Me quité la gorra en el acto, sabiendo que lo último que quería era comenzar el día escuchando mierda militar. Aquella alma benevolente repitió el toque en mi hombro y me aseguró en voz baja: "Está todo bien, amigo". Y en ese momento me sentí muy agradecido por la política de *broderage* que existe entre los tipos.

Decidí jugar con la lógica de aquel lugar. Antes de que el sargento pudiera decir algo, ya había enviado un "buenos días, señor". A ellos les fascina cuando reafirmamos posiciones jerárquicas. Es cierto que allí también había algunas criaturas audaces. Muchachos que se negaron a recibir órdenes al principio e hicieron bromas en voz alta; que se hicieron los desentendidos y desobedecieron reglas expresas. Eso, en cierto modo, me dio un calorcito en el corazón, sobre todo por saber que no era yo el único que odiaba todo este teatro de masculinidad hegemónica.

Nos llevaron en fila a una gran sala dentro del edificio del batallón, donde nos dieron más órdenes, siempre en tono disciplinario. Un teniente intentó encender un televisor. En la pantalla aparecieron las palabras "Dictadura nunca más". Apenas hubo tiempo para seguir el video. El teniente dijo: "oh no, no voy a mostrar este video aquí", apagó la pantalla y corrió a buscar una memoria USB con otro colega. De hecho, el diablo está en los detalles. Se nos ordenó ver un teaser con escenas de socialización entre marineros destrozados al son de "Paradise", de Coldplay, toda la mañana.

El sargento pasó distribuyendo formularios con preguntas sobre nuestro estado de salud. Esa sería la primera etapa, dijo. Luego, nos someteríamos a una evaluación, un examen físico y, si estábamos aptos para el servicio militar, una entrevista. Sentí mi estómago atravesado por mil agujas de hielo. Nunca había tenido tanto sentido para mí la frase "boys don't cry". Pero yo no era el único nervioso: ya había mucha gente levantando la mano y pidiendo permiso para ir al baño.

Decidí completar el formulario de la manera más obviamente transgénero posible.

¿Tiene alguna enfermedad?
Sí, endometriosis.
¿Ha tenido alguna cirugía?
Sí, en mi útero (soy trans).
¿Alguna vez ha sido hospitalizado?
Sí, como resultado de una cirugía en el útero.
¿Utiliza alguna medicación controlada?
Sí, deposteron (testosterona).

Y seguía pensando para mí mismo: ¿qué hago si no me creen? No existe ninguna comprobación de que yo sea transgénero, excepto por la materialidad de mi cuerpo. ¿Qué tan plausible sería para mí tener que demostrar, frente a todo el Batallón de Infantería, que tengo un cuerpo trans? Con esa simple idea sentí que sudaba frío, pero mantuve mi concentración. Aquel era el momento decisivo: necesitaba hacerme entender antes de llegar a la sala de exámenes médicos.

Cuando me llamaron a la mesa de selección –"Juno Nedel", "Presente señor" – ya dije de antemano que era trans. El rostro del teniente se congeló.

"¿Pero ya cambiaste el documento?", preguntó en voz baja. Asentí. "¿Y quieres servir?". "¡No!". Terminé riendo (pero de nerviosismo). "Pero, ¿qué es eso?, tienes que servir". "No señor. Ya estoy siguiendo una carrera académica". Se quedó mirando mi documento durante un rato más. "Es por eso que yo quería pedir discreción en el examen médico, señor".

El teniente comprendió de inmediato. Comenzó a tratar el caso como un asunto ultraconfidencial de la nación. “Hazlo así”, susurró, “dile eso al dentista y esa información muere ahí, ¿taokey?”. Pero cambió de opinión y decidió acompañarme personalmente. Terminé saltándome toda la fila de exámenes médicos mientras el teniente susurraba mi precioso secreto al oído del dentista. “Hmmm, está bien, sí señor”.

Entonces descubrí que necesito tratamiento en cuatro dientes en la mandíbula superior e inferior. Después del examen bucal más breve de mi vida, fui encaminado para el pelotón de los dispensados, lleno de muchachos que apenas disimulaban su propia alegría. Uno de ellos había inventado una historia supercompleja sobre una bronquitis que atacaba por momentos inesperados y que sin duda le impediría servir en el ejército. Ni siquiera el sargento creyó esta historia, pero decidió dejarla pasar.

“Lo que le hace una bronquitis al muchacho, ¿no?”. Nos susurraba el chico y todos aguantamos la risa. No se nos permitió hablar entre nosotros.

Allí esperamos otra eternidad en silencio hasta la última evaluación. “¿Por qué te dispensaron?”. “Porque soy trans”. El teniente, hasta entonces con la cabeza gacha, decidió mirarme profundamente a los ojos. Y preguntó en voz baja: “Pero viniste directamente para acá, ¿verdad?”. Le aseguré que no había pasado el examen médico. Y pronto fui liberado de esta etapa.

Finalmente, llegamos a la posición indicada para prestar juramento a la bandera nacional. Lamentablemente, terminé en el primer lugar de la fila, por lo que es cierto que hay una foto mía con una expresión muy odiosa, el cabello despeinado y profundas ojeras, jurando defender esta patria –erigida sobre la sangre de muchos pueblos, es preciso decirlo– con mi propia vida. Difícil no sentir náuseas.

El sargento recordó: “Ahora rueguen para que no entremos en guerra. Porque si entramos, ustedes estarán en la línea de frente. No queremos sacrificar primero a nuestros hombres más capacitados, ¿verdad?”.

En algún lugar de la fila, alguien murmuró: “Bienvenidos al ejército brasileño”.

Traducción: Yarlenis Mestre Malfrán

DOMINGA
Xiomara Calderón Arteaga

Todavía huelo la espuma del mar que me hicieron
atravesar.

De piel bronceada y ligera
para golpear las conciencias,
Dominga siempre escucha
en su rincón de entre mamparas.

Sintiendo trozos de manos sedosas
sobre sus nalgas encallecidas
del sobar cada día
su antes enflorecer lozano.

Y Dominga calla
entre mamparas doradas,
crujiendo la bata blanca
que nunca cubre su entorno,
para saciar gavilanes.

Estrujada en su dolor
se marchita con los soles,
esperando en egoísmo
el reemplazo de otro cuerpo.

Águila, cieno, boca,
colgando lluvia en pupilas
al ser penetrada, con tripas de paja.

Y Dominga la esclava
desfallece,
se acaba,
muere
tras el gris vitral
de la mampara alta.

Los Muertos
Mérida Doussou

Memoria antepasada
Retuerce el estómago.
Abuelo recibió el mensaje:
felices niños blancos
disfrazados de esclavos.

Una ronda,
pasteles empanadas,
todes con corcho quemado,
menos a la que le llega el recado.

Hastío de este rol
compartido con el que perdió
y deja ver las compuertas en la jeta
Porque está claro,
los negros son desdentados.

Fui Dama Antigua,
después de rebelarme contra mí misma.
No quise ser más oscura.
Porque está claro,
no conocía
reinas yorubas.

Me oculté desde el pelo.
En este continente
mi color era sinónimo de mierda,
de pobre,
de feo.

Quemaba las raíces,
abría la tabla,
sepultaba mi cultura.

Llegó el tiempo de ruptura,
encuentro con la identidad
vengar la violencia:
lavando las heridas de las cadenas
con el agua de ese mismo mar.

Tiempo de perdón:
Mirar los ojos negros
Ver cómo se apagan
con el recuerdo del sudor.

Tiempo de reivindicación:
abuelo insiste en aparecer
Y que busque información,
sin historia vivida no hay tambor.

Rostros que corren
el polvo oculto
Aquella alfombra olvidada
en la vieja casa a punto de ser rematada.

A trasluz,
polvo es pequeña e ínfima serpentina
que ilumina como cuando me muestra
su sonrisa.

Ese día sin saber por qué
ya no corrí
no perdoné
no me negué.

Experiencia oculta traspasó los muros,
los míos,
los tuyos
y colectivo
se hizo el orgullo.

Ese día
Aquellas almas no se distrajeron más en dolor.
Hablaron en tambor.

Los muertos nos guían,
en la timba,
en la guerra,
y en la vida.

No sabía que era negra: darle vuelta a las colonialidades

Nayara Monteiro

Nací y fui criada en medio de rezos, bendiciones y peregrinaciones del Padre Cícero, Nuestra Señora de Candelaria (en el sincretismo brasileño) y del Perpetuo Socorro, pesebres, fiesta de los Reyes Magos, plenitud de la fe, imágenes de orishas, oraciones de mi mamita para Nuestra Señora de la Concepción, fósiles, artistas populares, artistas callejeros, renovaciones de santo en casa, del lugar de la tierra árida conocido como sertão brasileiro, donde no llovía y en donde mis parientes/as y conocidos/as perdieron sus cosechas y no sabían qué esfuerzos y gestiones realizar para colocar suficiente comida en la mesa. Nací y fui criada entre los recuerdos de la estancia del Beato José Lourenço en Ceará contados por mi abuela materna, del milagro de la Beata María de Araújo, una mujer negra-indígena remanente del sertão brasileiro.

En el tránsito por mi adolescencia peregriné a la capital para "ganarme la vida" intentando acceder al conocimiento científico, que en mi realidad era una oportunidad para, quizás, en un futuro tener derecho a una vida material más abundante, algo que a mis ancestros no les fue proporcionado. El conocimiento científico representó mucho más que ascender socialmente.

Representó, en primer lugar, justicia ancestral para mí y para mi pueblo, para la familia y, en consecuencia, para la región de Cariri Ceará, de donde vengo. Representó justicia cognitiva, pues yo no conseguiría adentrarme en ese universo científico sin la influencia de todo ese impulso ancestral, fundamental para mi propia trayectoria, e iniciador de la propuesta de pensar-vivir epistemes contra-coloniales, retomando aquí una declaración de Nêgo Bispo.

Sin embargo, ingresar al lugar de producción de conocimiento y de política del conocimiento no es fácil y muestra la compleja permanencia en ese espacio de personas que proceden de vivencias populares como las mías (fui prácticamente una de las primeras de la familia que tuvo la oportunidad de estudiar en una universidad pública). Y eso es también lo que cuestiono en este texto: quién determinó qué conocimiento está más autorizado para producir verdades, quién produce conocimiento científico, cómo este se produce, apuntando a qué y dirigido a quién.

Por más de un año estuve reflexionando sobre los motivos que me llevarían a desear volver a investigar y estudiar en el contexto de la Universidad y en el nivel de Doctorado. La licenciatura en Derecho (2006-2010) y la maestría en Relaciones Internacionales (2012-2014), cursadas en tiempos medio remendados en la Universidad Estatal de Paraíba (UEPB), me hicieron percibir que tanto conocimiento acumulado y materializado en títulos estaba pidiendo ser canalizado de otra manera, que no fuera solamente como parte de la investigación. Estaba cansada de la vieja-nueva lógica de la productividad académica, en la que unos sujetos escriben y publican para los mismos sujetos en sus mismos círculos (el empleo del género masculino es intencional en este caso).

Pensar en popularizar el conocimiento científico y cambiar esta lógica de que sean los mismos productores de conocimiento, sigue siendo una batalla diaria para quienes desean que la Universidad se vista de pueblos y sea construida por y para esos pueblos. Y la misión se vuelve aún más compleja cuando identificamos quiénes son esos pueblos, sus rostros, de dónde vienen, sus géneros, sus experiencias de vida, saberes, clase, raza, qué lugar ocupan en la estructura de producción de conocimiento, en la geopolítica global del conocimiento. Estos pueblos son mujeres y hombres negros y amerindios ubicados en el interior del Nordeste brasileño, de la Améfrica Ladina, de la que formo parte.

Pero la toma de conciencia sobre tornarme una mujer negra llegó después de los 30 años, a pesar de que toda mi experiencia de vida me apuntase que la racialidad y la negritud estaban conmigo, tanto en mi cuerpo como en mis afectos, en mi subjetividad y en el trato discriminatorio de los otros hacia mí. Fue ante la hostilidad colonial-patriarcal personificada en la experiencia de la injuria racial como profesora universitaria que fui sacudida por la cuestión de la racialidad. Cuando me di cuenta, estaba en la policía denunciando el racismo maquillado de chiste. Pese a que permanecí bastante tiempo sin conseguir nombrar bien la experiencia subjetiva y abrazar ese proceso de tornarme negra, hoy entiendo que la demora para alcanzar esa denominación está directamente vinculada al proceso de mestizaje como política de supresión de pueblos africanos e indígenas en Brasil, y el consecuente deseo de enblanquecimiento de la sociedad mediante la construcción del mito de la democracia racial brasileña por parte de la élite, hija de la Metrópolis. Esta es una gran mentira que sigue violentando a quienes llevamos en nuestros cuerpos y subjetividades las huellas y los linajes de esos pueblos que intentaron borrar.

Parafraseo a Mano Brown, el famoso rapero brasileño, que creció escuchando de su madre que era “pardo”, “más clarito”, “iba a sufrir menos”, y quien pensó que era blanco hasta enfrentarse al espejo, pero que en ciertas ocasiones siempre regresaba a ese no-lugar que implica ser ese sujeto “mestizo”. “Cuando yo estaba entre los blancos ellos sabían que yo no era blanco, sabían muy bien que yo no era blanco”, dijo Mano Brown en una entrevista con Drauzio Varela a comienzos del año 2020.

La violencia y el silencio mortíferos que la política del mestizaje ha producido en nuestras subjetividades son aprisionadores, son mortíferos, reitero. El proceso de reconocer la negritud que nos habita, sobre todo cuando venimos de familias interraciales como es mi caso, requiere mucho trabajo y compromiso individual principalmente. Con el tiempo te vas dando cuenta de que salir del silenciamiento racial, que es un constructo del mito de la democracia racial y de siglos de colonización, significa liberarte un poco más de las garras de la supremacía blanca que ha estado intentando colonizar completamente a los pueblos originarios y africanos en el continente latinoamericano. Y los motivos de lentitud para nombrar tales procesos son los efectos de las colonialidades en nuestro ser. Cuando tú, persona entendida como "mestiza", estás en espacios blancos y de la blanquitud, aunque sea inconscientemente sabes que no cabes en aquel lugar, o puedes caber, pero ese lugar es una prisión y no te permite respirar y vivir plenamente de acuerdo con lo que eres física, subjetiva, espiritual y ancestralmente.

Y retomo aquí el acceso al conocimiento crítico, como el encuentro con el pensamiento de Paulo Freire, que tuve dentro de la Universidad desde los tiempos de la graduación, y que me ayudó significativamente a resistir dentro de ese espacio que es aún, infelizmente, muy colonial, blanco y patriarcal. Sin embargo, fue a través de ese medio que conocí lecturas, personas, tuve varios encuentros que me ayudaron a retornar a mi ser, a estudiarme, reconocerme y, como consecuencia, a ennegrecerme y descolonizarme. Me he referido al proceso de descolonización de nuestras sociedades en Abya Yala o Améfrica Ladina como un proceso doble y relacional, entrecruzado: si nosotres no descolonizamos nuestras subjetividades, si no nos miramos internamente, si no nos nombramos, nos curamos, nos amamos mientras producimos el conocimiento en la Universidad, es muy probable que reproduzcamos la ética y el modo de vida del colonizador a través de nuestras investigaciones y actividades.

El proceso requiere coraje, convencernos de que nuestros pasos son comunitarios y ancestrales y que solo por eso la fuerza ya es inmensa: adentrarse en esta experiencia y permitir que el camino sea transitado bajo la protección de quien nos guía y guarda en esa gran guerra colonial que aún perdura. Protegides con las vestiduras y las armas de Ogún y de los guerreros y las guerreras de los bosques, de los montes, de los Andes y de los sertões. La victoria contra-colonial ya es un hecho.

Traducción: Yarlenis Mestre Malfrán
Revisión de traducción: Dr. Yoanky Cordero Gómez

Alante Ifá, que la niña no tiene miedo: apuntes sobre la violencia contra las Iyá Oní Ifá en Cuba

Sandra Abd´Allah-Álvarez Ramírez

Un hecho sin precedentes ha llamado la atención de muchas personas en Cuba, especialmente las religiosas: por primera vez en la historia de la nación aparece una Letra del Año firmada por mujeres —Sacerdotisas de Ifá (Iyá Oní Ifá) del Oriente del archipiélago, fundamentalmente de Holguín—, quienes, según ellas mismas relatan: "manipularon el oráculo de Olófin, (Òòdúa), por primera vez en la Historia de la Diáspora, para sacar la Letra del Año para Cuba y el mundo, bajo el derecho que les concede Òlódùmarè y la Constitución de la República de Cuba".

Como era de esperar, el albotoro ha sido mayúsculo… y también las ofensas. Les han dicho desde ignorantes hasta delincuentes, pasando por locas. Violencia religiosa, amenazas y acoso —he leído llamados a que les hagan "algo"—, han primado en los comentarios. Si en Cuba tuviéramos una ley integral contra la violencia de género podrían realizarse algunas denuncias.

Muy pocas personas se han concentrado en los argumentos religiosos, históricos, filosóficos, etc., para debatir. Aun personas eruditas no han dejado de violentar verbalmente a las Sacerdotisas, olvidando la más mínima educación formal y creyéndose portadores de la verdad. Claro, instrucción y civismo no son siempre sinónimos. Tales oprobios no solo han salido de hombres sino también de mujeres. Todas son personas religiosas. Lamentable.

Existe una contradicción entre abrazar una fe y violentar a quienes supuestamente no siguen nuestras prácticas. Y mucho más: entre intentar mantener intacto un culto que se nutre esencialmente de la propia vida, y aceptar que la sociedad cambia, como también los precios y la calidad de las iniciaciones, por ejemplo. Al mismo tiempo, ha sido interesante ver el apoyo de no pocos Babalawos a lo que han hecho estas mujeres. Yo lo tomo como una señal que puede ser leída más allá de la propia religión.

Llevo varios años siguiendo las Letras del Año. Por mucho tiempo fueron oficialmente dos, hasta que hace cinco años se unificaron: la de la Sociedad Cultural Yoruba (recordemos que es una institución creada "artificialmente", que intenta regular algo como la práctica de la fe, o sea el "mayoral") con la de la Comisión de la Letra del Año "Miguel Febles Padrón". Esa unificación tuvo lugar el 20 de junio de 2015. Antes siempre existieron fricciones entre los seguidores de una y otra vertiente.

Tampoco es la primera vez que existe más de una Letra. En Google se podrá confirmar que en Miami, en España, y en algunos otros países de Latinoamérica se obtienen cada año versiones, a veces bien diferentes, en otras más cercanas, de la Letra del Año.

Del mismo modo, se podrán hallar en la red múltiples interpretaciones personales de practicantes. El debate sobre los roles y poderes de las mujeres en la Regla de Ocha-Ifá no es nuevo. Algunes recordarán los episodios acontecidos cuando se supo que Víctor Betancourt había iniciado a varias mujeres. Lo quisieron colgar. Así de simple. Corrían los primeros años del siglo XXI, aunque la polémica proviene de finales de los 80, según el propio Betancourt. Lo llamativo es la presencia de la violencia por encima del debate. Betancourt da cuenta de ello en la entrevista que le hiciera el historiador Abel Sierra, hace unos años, y que apareció publicada recientemente en *Hypermedia Magazine*.

Por su parte, la Asociación Yoruba de Cuba en varios momentos ha deslegitimado públicamente, en su página de Facebook, la corriente que abrazan las Iyá Oní Ifá. En una de esas oportunidades, en octubre del 2020, ellas respondieron:

"Es vergonzoso que a la altura de 20 años aún la presidencia, la junta directiva y los diferentes consejos que integran esa asociación sigan tan ignorantes en un tema como este. Según ellos 'no es un tema de discriminacion de género' pero aunque ese no sea el tema principal sin dudas que también está presente en esta guerrita que durante tantos años tienen contra las iyaonifas. Aunque hay muchísima bibliografía y estudios teológicos sobre el tema, y que están bien fundamentados, es lamentable que una posicion así aún persista. Sería bueno preguntarle a dicha asociación qué harían hoy en día si estuvieran vivas mujeres como Rosalía Núñez, Ma Tomasa, Ma Monserrate, Latuan o Fermina Gómez, quienes son referentes incuestionables de nuestra religión y que pertenecen a la historia de este país". ..."Una organización que debería unir y crear fraternidad entre sus miembros vuelve a sembrar desunión porque hay que recalcar que la gran mayoría de los y las tradicionalistas de este país pertenecemos a dicha asociación. Esa que hoy nos llama profanadores y otro tipo de injurias. Ya que según ellos no somos reconocidas sería válido preguntarle a la Asociación si nos mantendrá en su seno o nos expulsarán. Dicho sea de paso, no nos interesa reconocimiento alguno, porque existimos y seguiremos existiendo y defendiendo aquello a lo que fuimos llamadas el día de nuestra consagración".

A las Iyá Oní Ifá, en estos cinco primeros días del 2021, se les ha acusado de todo el descalabre que ahora marca a la Regla de Ocha-Ifá, de lo cual las personas religiosas podemos dar testimonio. Injusto. La mercantilización, el turismo religioso, la banalización, el sacrificio de animales en plena calle y, como consecuencia, el desprestigio de la religión es muy anterior a lo que ahora está sucediendo.

Por su parte, las Iyá Oní Ifá han sido aún más sabias al responder a la confrontación con serenidad y sapiencia. La mención que hacen de la Constitución de la República me habla de su civilidad, del manejo que tienen de las leyes, de la historia de la nación y de la religión. Me imagino que tantos años de descrédito y amenazas las han hecho "afinar las espuelas". El conocimiento es una buena vía para ello.

Según consta en su página de Facebook, en un texto firmado por Dulce María Rodríguez, Iyaonifá Ifá-Iránlówó:

"En nuestro país las primeras iyaonifás consagradas fueron María Cuesta Conde, Iyaonifá Ifá-Siná, y Nidia Aguila de León, Iyaonifá Ifá-Biola. Luego vino Alba Marina Portales, Iyaonifá Ifá-Yení, ciudadana de nuestra hermana Venezuela. Entre el 2004 y 2009 estas ceremonias convulsionaron al país y provocaron sentencias, no entendimientos en el seno familiar, social y religioso que aún persisten en nuestros días, sin el apoyo de la Asociación Cultural Yoruba de Cuba y su Consejo de Mayores. No obstante, las #iyaonifás existen en todo el país. Hicieron historia y hacen historia porque ya somos parte de la historia de un país libre, sin esclavitud, sin maltrato, sin mayorales".

Además, ellas han sido tan valientes que les han hablado especialmente a sus detractores, o sea, a los Babalawos que las denostan, mostrando que saben que se trata básicamente de una cuestión de poder:

"Muchas hemos aprendido desde muy jóvenes que todo lo que se haga religiosamente, debes de darle cuenta a tus Eegún y tus Òrìṣà. Sea a través del Coco, del Dilògún o de Ifá. Ahora, han surgido algunos defensores de la religión que, tal parece que se han convertido en Òrìṣà vivientes, porque exigen que les demos coco a ellos, dándoles cuenta de lo que hacemos y de lo que hemos hecho, y de lo que seguiremos haciendo. Por cientos de años no ha existido un religioso, ni existirá, que lesione a la religión por sus métodos rituales individuales. Es absurdo pensarlo. La religión se defiende sola. Puede que con un mal método ritual destruya a sus ahijados o se destruya a sí mismo, pero la religión no muere, no se destruye, no se lesiona, es omnipotente. Creo que lo saben. Quizás no están tratando de defenderla, sino de defender el espacio que han perdido y el que perderán. Dice Òtura méjì: 'Òlódùmarè nunca se enferma ni está triste, jamás oiremos de la muerte de Òlódùmarè, a menos que los mentirosos mientan'". [1]

Rotundo mensaje, ¡¿cierto?! Esperanzador, por demás. Como religiosa tengo que resaltar que la Letra del Año de las Sacerdotisas es "bella". Con ello quiero decir que es legible, práctica, coherente con lo que se va viviendo, pues hace recomendaciones precisas a las diferentes instancias: personas, comunidades, gobierno. A mí al menos me sirve. Cada quien tendrá que elegir cuál seguir. Siempre ha sido así. La Regla de Ocha-Ifá es polisémica.

[1] Fragmento de la Letra del Año de las Iyá Oní Ifá cubanas.